

PAIDEIA GRIEGA Y FE CRISTIANA EN SINESIO DE CIRENE

Enrique A. Ramos Jurado

Universidad de Cádiz

Este artículo analiza algunos aspectos de la personalidad contradictoria de Sinesio de Cirene, la interrelación entre fe y razón y entre sus creencias cristianas y su formación neoplatónica, concluyendo que en nuestro autor no se llega a la "sinfonía" ansiada por los neoplatónicos y que en los temas claves cristianos del siglo IV p.C. su fe se impone a su formación helénica.

This article analyses some aspects of Synesius of Cyrene's controversial personality, the relations between faith and reason, and the ones between his Christian believes and his Neoplatonic formation, concluding that in our author's works the "symphony" searched by the Neoplatonists does not take place and that in relation to the main Christian themes of the IVth Century A.D. his faith prevails over his Hellenic formation.

Quien se dedique a estos siglos finales del mundo antiguo, sobre todo en el ámbito del pensamiento, no podrá nunca adoptar una postura de indiferencia ante ese neoplatónico cristiano, discípulo de Hipatia, la hija del matemático y astrónomo Teón. Pues, aparentemente, ¿cómo un futuro obispo es educado por una maestra neoplatónica pagana que morirá precisamente a manos de una turba cristiana

en la convulsa Alejandría del 415 p. C.?, ¿cómo es posible que un catecúmeno, educado en el ámbito profano, sea elevado a la sede episcopal, cuando además plantea problemas doctrinales y de forma de vida en relación con el cuerpo ortodoxo de la Iglesia?, ¿cómo pueden, a milenio y medio de distancia, coexistir en una misma persona dos mundos, de los cuales el nuevo va desplazando progresivamente al viejo?, ¿fue siempre cristiano o un converso?. Preguntas de este tipo, con múltiples respuestas a lo largo de decenios, constituye lo que podríamos calificar como “cuestión sinesiana”.

Ahora bien, de entrada, si analizamos su figura a grandes rasgos, no creo que haya que asombrarse en exceso. Su personalidad es producto de unas circunstancias, de un contexto histórico concreto, es síntoma de una época. Su figura, aun con sus peculiaridades, no se aparta en exceso de las líneas maestras que, por ejemplo, Henri-Irénéé Marrou¹ reconoce en los Padres de la Iglesia del mismo siglo. Que resulte un tanto heterodoxo, sospechoso, desde el punto de vista “ortodoxo” aún hoy para la propia Iglesia, es otra cuestión, que no debe ser objeto de nuestro estudio.

En primer lugar Sinesio² es socialmente un miembro de las clases acomodadas de la población. Pertenecía a la nobleza terrateniente de los Hesíquidas³, de cuya filiación helénica, remontable, según nuestro autor, a la fundación doria, se mostraba orgulloso. Su origen no difiere del de otros Padres de la Iglesia tipo S. Agustín, cuya familia pertenece, como la de Sinesio, a los notables municipales, a esos *curiales* masacrados por la fiscalidad del Bajo Imperio, en defensa de los cuales nuestro autor permanece en Constantinopla (399-402) legado por su ciudad.

En segundo lugar recibe esa educación de calidad a la que tienen acceso las capas elevadas de la población. Es educado en la *paideia* tradicional, helenófila, en los estudios gramaticales y retóricos en primer lugar, marchando después a Alejandría a la escuela neoplatónica de Hipatia, a la que saludará como “bienaventurada señora”⁴, “madre, hermana, maestra y bienhechora mía en todo y por todo”⁵, “filósofa veneradísima y predilecta de Dios”⁶ y a la que siempre reconocerá como su maestra y se someterá. Con esta formación asumirá la prolongación y unidad de más de un milenio de cultura griega, desde su literatura a su pensamiento, desde los venerables fundadores de la Academia y el Liceo, entre otros, a sus sucesores y obras más cercanas en el tiempo tipo Porfirio, Jámblico u otras autori-

¹ *L'Église de l'Antiquité tardive (303-604)* (Paris 1985), 87-94 (Reproduce el contenido de las pp. 341-348 de la contribución aparecida en París en 1963 de J. Daniélou y H-I. Marrou a la *Nouvelle Histoire de l'Église*, que tenía por título *Des origines à Saint Grégoire Le Grand*).

² Sobre Sinesio cf. la bibliografía contenida en la nueva edición con introducción, traducción al italiano y notas de Antonio Garzya, *Opere di Sinesio di Cirene. Epistole, Operette, Inni* (Torino 1989) 39-51.

³ *Hymni* 8.31.

⁴ *Ep.* 10. 2 Garzya.

⁵ *Ep.* 16. 2-3 Garzya.

⁶ *Ep.* 5. 262-263 Garzya.

dades, que van siendo consideradas “divinas”, tipo Orfeo (poemas órficos), Hermes (tratados herméticos) o Juliano el Teurgo (*Oráculos Caldeos*⁷). Visita incluso la Atenas de su época, a la que califica de “sagrada”⁸, pero también hay que decir que sufre una cierta desilusión. Atenas ya no es la del pasado, incluso la Poikile “en la que Zenón filosofaba, ahora no es ya ni *poikile*, pues el procónsul ha quitado las pinturas”⁹. “La Atenas de hoy no tiene nada venerable a no ser el nombre de la localidad”, dice Sinesio¹⁰, “de ella ha emigrado la filosofía”, y sólo le queda por admirar la piel, la superficie. “Ahora en nuestros tiempos Egipto, recibida las semillas de sabiduría de Hipatia, las alimenta, mientras que Atenas —en otro tiempo la ciudad hogar de los sabios— sólo recibe honor de los apicultores”¹¹.

Entre la Cirenaica y Alejandría conformarán su ser. Su tierra natal le proporcionará la primera educación y el cristianismo, Alejandría el neoplatonismo y, con la filosofía alejandrina, la tolerancia en el encuentro de dos culturas, aunque a nivel de calle los ánimos en la fundación de Alejandro en ocasiones anduvieran exaltados. Pero no nos engañemos, su educación, la del futuro obispo, ha sido profana, se ha educado, como el mismo reconoce¹², “fuera de la Iglesia”.

En este aspecto, por tanto, también recibe una sólida educación, como la recibieron un S. Basilio o S. Gregorio de Nacianzo, quienes abandonaron su Capadocia natal para formarse en Atenas con Himerio, o un S. Jerónimo, quien se trasladará a Roma para oír las lecciones de Donato, o un S. Juan Crisóstomo, quien se dirige a Antioquía para oír al rétor Libanio, “maîtres païens, sans doute, mais illustres”¹³. Estamos en tiempos de la segunda sofística y Sinesio, como tantos otros Padres de la Iglesia, se conforma bajo sus patrones. Escribirá en un ático pulcro, aunque de acuerdo con la tradición literaria y los géneros imitados, compone sus himnos en dialecto dorio, un dorio estilizado, artificial, pero de forma que pudiera ser comprendido por los habitantes de la Cirenaica¹⁴. Y también, como no pocos Padres de la Iglesia, recibe una formación filosófica, destacando en este nivel un S. Gregorio de Nisa o un S. Agustín, aunque éste preferentemente sea más bien en este ámbito un autodidacta. Sinesio recibirá su formación filosófica bajo la perspectiva neoplatónica, aunque en su personalidad, conformada por el cristianismo, la retórica y el neoplatonismo, primen, sobre todo, las dos primeras, y cuando entren en fricción, fundamentalmente su fe y su formación filosófica,

⁷ Cf. Éd. des Places, *Oracles Chaldaïques* (Paris 1971) 31-41; W. Theiler, “Die chaldäischen Orakel und die Hymnen des Synesios”, *Forschungen zum Neuplatonismus* (Berlin 1966) 252-301.

⁸ *Ep.* 56. 3 Garzya.

⁹ *Ep.* 56. 12-13 Garzya; cf. *etiam Ep.* 136. 11-14 Garzya.

¹⁰ *Ep.* 136. 6-8 Garzya.

¹¹ *Ep.* 136. 15-18 Garzya. Damascio replicará a estas burlas comparando a Isidoro con Hipatia, en el sentido de que “Isidoro se diferenciaba mucho de Hipatia, no sólo como un hombre de una mujer, sino como un verdadero filósofo de una géometa” (Focio, *Bibl. cod.* 242.164 Henry)

¹² *Ep.* 67. 317-320 Garzya.

¹³ H.-I. Marrou, *op. cit.* 91.

¹⁴ Cf. *Opere di Sinesio di Cirene...* 20.

primará, en los aspectos esenciales, su fe. Filosóficamente Sinesio planteará problemas (resurrección del cuerpo, preexistencia del alma, eternidad del mundo), pero no los resolverá. No escribe tratados que podamos englobar bajo el epígrafe de “filosóficos”. Hay disquisiciones, pensamientos dispersos en sus obras, pero no monografías.

En cuanto a la tercera característica destacada por Marrou, “tous les Pères de l’Église ont trouvé la foi chrétienne installée à leur berceau”¹⁵, a partir de los datos de los que disponemos no podemos afirmar ni que su familia perteneciera tradicionalmente al cristianismo, casos de los hermanos S. Basilio y S. Gregorio de Nisa, cuyos abuelos habían tenido que huir ya durante las últimas persecuciones, un tío suyo fue también obispo y su hermana Macrina se consagró a la vida ascética, o, al menos, que uno de los progenitores o de los familiares cercanos, caso de S. Mónica y S. Agustín, fuera profundamente cristiano y ejerciera sobre él una influencia determinante. Sólo sabemos que su hermano Evopcio quizás le sucediera en el episcopado.

Ahora bien, su ciudad natal, la Cirene de Carneades, Aristipo, Calímaco, Teodoro y Eratóstenes era ya una ciudad cristianizada en época de nuestro autor y, a su vez, una sombra respecto a la ciudad del pasado¹⁶. El propio poeta reconoce en sus *Epístolas*¹⁷ que habita “en el extremo sur de la Cirenaica”, en una región cuyo declive le produce dolor¹⁸, pero ya cristianizada, pues desde mediados del III contaba con un cristianismo y una Iglesia bien implantados, como lo evidencia que las cinco ciudades contasen con obispados. En un ambiente cristianizado, por tanto, nace y crece nuestro autor, que completa su formación con los estudios en Alejandría, también cristianizada y escenario tiempo atrás de la heterodoxia de Arrio, donde llega cuando era aun reciente la destrucción del Serapeum y los disturbios provocados en la fundación de Alejandro por la ley especial del 391 de Teodosio contra los cultos paganos en Egipto. En el seno de la escuela neoplatónica de su maestra en Alejandría se respiraba un aire de tolerancia, de forma que discípulos cristianos seguían las enseñanzas de Hipatia como, más tarde, paganos seguían las de Juan Filópono y Eneas de Gaza. Las disputas en Alejandría existían, pero también la convivencia. Tenemos a un Horapolo el joven, pagano, pero a su lado un Aftonio, cristiano. Mientras Atenas se fue polarizando cada vez más en la defensa de los antiguos valores, Alejandría no. De ahí que en 529 Justiniano cerrara la escuela neoplatónica de Atenas y no la de Alejandría, que llegó a un compromiso con el cristianismo.

¹⁵ *Op.cit.* 91.

¹⁶ Cf. A. H. Jones, *The Cities of the Eastern Roman Provinces* (Amsterdam 1983) 349-362; D. Roques, *Synésios de Cyrène et la Cyrénaïque du bas empire* (Paris 1988).

¹⁷ *Ep.* 148. 6-7 Garzya.

¹⁸ *De Regno* 3 Garzya: “A ti (sc. Arcadio) me envía, para coronar de oro tu cabeza y de filosofía tu alma, Cirene, ciudad griega, nombre antiguo y augusto, celebrada en innumerables cantos por los poetas del pasado, hoy pobre, abatida, en plena ruina y suplicante ante su Emperador”.

De comienzos a final de la centuria el siglo IV había experimentado un profundo cambio en la interrelación de fuerzas entre cristianismo y paganismo. Como dice Vito A. Sirago en una reciente obra¹⁹, centrada en el estudio del hombre en el siglo IV, “el siglo IV, como ninguno antes ni ninguno después, es el siglo de la búsqueda de Dios. Todos creen en la divinidad: luchan entre sí con el fin de determinar qué dios adorar, pero ninguno de los contendientes tiene la más mínima duda sobre la existencia de lo divino”. Pero para estos contendientes, cristianos y paganos, desde el segundo decenio del siglo IV la historia había tomado un rumbo nuevo y definitivo, a pesar de los conocidos rebrotes tipo Juliano. El 313, con el Edicto de Milán, marcó el fin de una era. El poder se alineará generalmente con el nuevo orden, aunque en ocasiones, con el cordón umbilical aún en el pasado, algunos pretendan favorecer el antiguo régimen, casos de Majencio, Eugenio o Juliano, pero sin la fuerza ni la fortuna suficientes. A comienzos del siglo V la Iglesia puede considerarse sólidamente implantada en todas las provincias del Imperio, aunque con reductos paganos tanto a nivel rural como en círculos aristocráticos e intelectuales. El Oriente griego —Siria, Capadocia, Palestina, Egipto, con su centro en el obispado de Alejandría, y Constantinopla, que ya en su concilio del 381 reivindica para el obispo de esta ciudad la primacía tras Roma— a fines del siglo IV, época de Sinesio, globalmente está cristianizado y produce una gran cosecha de teólogos, destacando Capadocia en la segunda mitad de este siglo. Se pasa, digamos, de un cristianismo de comunidades a un cristianismo de muchedumbres, adquiriendo el catecumenado un enorme relieve. Lógicamente este estallido demográfico conlleva en no pocas ocasiones un aumento proporcional de un cristianismo personal a veces menos profundo y más enraizado en el pasado. Si a mediados del siglo III Roma contaba con una veintena de Iglesias cristianas, éstas, cien años después, se habían duplicado.

El cristianismo en el siglo IV se consolida definitivamente, se alinea con el poder, influye en él, caso de S. Ambrosio, se hace con los instrumentos de una cultura propia, que entra a saco en la cultura combatida, pero también se fragmenta en no pocas tendencias doctrinales, declaradas “heréticas” por los poseedores de la ortodoxia, apoyados éstos por el poder imperial a quien convenía políticamente la unidad. Entre seguidores de Acacio de Cesarea, Apolinar de Laodicea, Arrio, Eunomio de Capadocia, Orígenes o Prisciliano, por citar sólo algunos grupúsculos, con el problema del Dios uno y trino y del Hijo como centro, el cristiano de base no podía por menos que sentirse perplejo. Precisamente de la Pentápolis, donde vive nuestro autor, y en concreto, de Tolemaide cuya sede episcopal ocupará decenios después Sinesio, era Sabelio, el heresiarca antitrinitario, cuyo continuador en el IV fue Fotino de Sirmium. Estas constantes disputas teológicas eran lógicamente peligrosas, pero también nos vienen a indicar la vitalidad y la vivencia de un sentimiento religioso, en este caso el cristiano, que busca y trata de defi-

¹⁹ *L' uomo del IV secolo* (Napoli 1989) 207.

nir a su Dios de la mejor manera posible. Si a ello le unimos a nivel popular la propagación del culto a los santos, a la Virgen, las peregrinaciones y el fenómeno del monaquismo, tendremos, creo, un cuadro muy aproximado del mundo en que se va a mover nuestro autor, nuestro poeta, Sinesio de Cirene, un autor en una época bifronte, que mira hacia el futuro con el cristianismo, pero que es heredera inevitable de una tradición milenaria cultural insustituible, aunque no pocos de los intelectuales cristianos ingenuamente lo pretendieran.

Como la mayoría de los Padres de la Iglesia, Sinesio, una vez finalizados sus estudios, se centra en actividades profanas, en sus posesiones y en sus obligaciones como curial, e incluso es enviado por su ciudad como legado a Constantinopla (399-402), pero parece no haber ejercido esa carrera de profesor tan usual entre los doctores de la Iglesia, por ejemplo, S. Agustín, S. Basilio o los dos Gregorios, contrayendo matrimonio, como Gregorio de Nisa, con una cristiana en 403, siendo bendecida esta unión por el propio Teófilo, obispo de Alejandría²⁰, y a la cual no querrá renunciar ni aun cuando fue nominado para obispo.

Sin embargo, no participa de esa tendencia de su siglo, usual en no pocos Padres, a encontrar la perfección en la vida retirada como monje, aunque fuera durante un período de su vida. Su existencia discurría a su gusto, serena, dedicada al ocio, al estudio, a su familia y a sus deberes cívicos, cuando en el verano del 410, en el momento en que alcanzaba la plena madurez, fallece el obispo de Tolemaide y el pueblo lo aclama como obispo. Rehúsa en un primer momento, exponiendo sus motivos en la famosa *Epístola* 105²¹ redactada en el mismo verano del 410 y dirigida a su hermano Evopcio. Habla, por una parte, de objeciones doctrinales —no podrán convencerle nunca de que el alma tenga un origen posterior al cuerpo, o que el cosmos perecerá y “en cuanto a la resurrección de la que tanto se habla la considero algo sagrado e inefable y bien lejos estoy de estar de acuerdo con las opiniones del pueblo”²²—, y alega, por otra parte, que no piensa renunciar a su esposa e hijos ni vivir en adulterio²³. Pero, en nuestra opinión, su verdadero motivo era el no querer renunciar al tipo de vida que había elegido²⁴. En la *Epístola* 11²⁵ dirigida a los sacerdotes de Tolemaide a inicios del 411, fecha en que finalmente acepta, escribe:

“Ni antes yo me impuse a vosotros con todas mis fuerzas y recursos rehusando el episcopado ni ahora vosotros me tenéis en vuestro poder, sino que era voluntad de Dios que entonces rehusara y ahora aceptara.

²⁰ “A mí, pues, Dios, la ley y la sagrada mano de Teófilo me otorgaron una esposa” (*Ep.* 105. 62-63 Garzya).

²¹ 105 Garzya.

²² *Ep.* 105. 76-80 Garzya.

²³ *Ep.* 105. 63-67 Garzya.

²⁴ J. H. W. G. Liebeschütz —“Why did Synesius Become Bishop of Ptolemais?”, *Byzantion* 56 (1986) 183-186— piensa también que el obstáculo principal estaría en que su ministerio eclesiástico le ocuparía demasiado tiempo.

²⁵ 1-22 Garzya.

Yo hubiera preferido soportar la muerte en numerosas ocasiones antes que asumir este ministerio, pues pensaba que el prestigio del cargo no era a mi medida. Ahora bien, puesto que Dios ha impuesto no lo que yo pedía sino lo que era su voluntad, ruego que el que ha sido pastor de mi vida sea también protector de la tarea asumida. Yo, que he dedicado mi juventud al ocio filosófico y a la contemplación inactiva de los seres, y que me he implicado en preocupaciones prácticas tanto cuanto bastaba para cumplir con la vida corpórea y con mi condición de ciudadano de esta ciudad, ¿cómo estaré ahora a la altura de un empeño continuado?, ¿cómo, si me entrego a una masa de cuestiones prácticas, me dedicaré a la belleza de la mente, que se puede recolectar sólo en el ocio feliz, sin el que, para mí y para los semejantes a mí, la vida no es vivible?. Yo no sabría. Pero para Dios, se dice, todo es posible, incluso lo imposible. Vosotros, por mí, alzad vuestras manos suplicantes a Dios y ordenad que se ruegue por mí, en público y en privado, al pueblo de la ciudad y cuantos habitan en los campos o frecuentan las iglesias aldeanas. Si en mi soledad Dios no me abandona, entonces reconoceré que el sacerdocio no es tanto el abandono de mi filosofía como el ascenso a ella”.

También Evagro Póntico, Gregorio de Nisa y Gregorio de Nacianzo, por citar unos ejemplos, mostraron sus deseos de no ocupar la sede episcopal. Es más, todos conocemos las vicisitudes que tuvo que soportar Gregorio de Nacianzo por no tomar posesión de su sede, el pequeño suburbio de Sásima. Sus motivos llegó a exponerlos en *Apología de la huida*, simplemente el deseo de vida ascética. La vida teórica era deseada, en uno u otro sentido. Lo llamativo de esta elección quizás pueda parecer el hecho de que era un simple catecúmeno y el canon 2º del Concilio de Nicea prohibía la ordenación de un neófito. Pero había frecuentes derogaciones de esta regla, como son el caso de Ambrosio de Milán en 372, quien fue consagrado a los ocho días de ser bautizado, y de Nectario de Constantinopla en 381, en tiempos de Sinesio.

Otro elemento común que comparte Sinesio con los demás obispos y Padres de la Iglesia era su actividad literaria, aunque su inclinación hacia la escritura típicamente profana sea superior en él a la de otros Padres de la Iglesia. No tenía ni una fe tan profunda cristiana ni pensaba que su misión, hasta el momento del episcopado, fuera la defensa y propagación del nuevo orden. Ciertamente escribió homilias, siendo obispo, en el 412, de las que conservamos dos fragmentos, y sus famosos diez *Himnos*, nueve auténticos y el décimo espúreo; de cronología muy diversa, pero nada más desde el punto de un pastor de almas. El resto pertenece a los típicos géneros de la segunda sofística, como su obra juvenil *Cinegética*²⁶, las

²⁶ Ep. 105. 154 Garzya.

famosas 156 *Epistolas*²⁷, quizás una de sus obras más atractivas, que abarcan desde el último decenio del siglo IV al 413, su *De regno* (post 399²⁸), su *De providentia* (c. 400-402²⁹), su *De dono*³⁰ del 399, su tratado onirocrítico *De Insomniis* (405), su famoso *Encomio de la calvicie* (c. 396), su *Dión*³¹, concebido y esbozado en su juventud y reelaborado entre 404-405³², y su *Katástasis*³³. Como el propio autor reconoce en su *Epístola I*³⁴, dirigida a Nicandro, “los libros son mis hijos, unos los he tenido de la muy augusta filosofía y de la poesía que comparte su templo con ella, otros de la retórica pública. Pero se podría reconocer que todos son de un único padre, que a veces tuvo inclinaciones serias y a veces placenteras”.

Es más, las típicas citas bíblicas, sean del Nuevo como del Antiguo Testamento, son proporcionalmente insignificantes en comparación con las procedentes de su formación en el legado helénico y casi todas afectan a las *Epistolas* correspondientes a su período como obispo, del 411 al 413. No hay comentarios o exégesis monográficas de la Biblia.

Su camino espiritual lo podemos ver reflejado en los *Himnos*, en los que resuena un profundo espíritu religioso, una experiencia íntima, que se plasma en una forma tradicional, heredada, donde se suman lo helénico, enriquecido por las aportaciones orientales de Egipto, Siria y Caldea, y lo cristiano. Quien recorra las notas de las ediciones más recientes, las de Lacombrade³⁵ o de Garzya³⁶, sin men-

²⁷ Sus destinatarios son cerca de cuarenta: su hermano Evopcio (41), el abogado y amigo Pilemenes (16), los excompañeros de estudios junto a Hipatia, Herculiano (10) y Olimpio (8), el patriarca Teófilo (8), su maestra venerada, Hipatia (7), Anisio (7), y el sofista Teófilo (6). Muchos otros destinatarios figuran con sólo una carta. En cuanto a los temas cerca de un centenar tocan aspectos privados, particulares, aunque en otras ocasiones toca temas civiles o militares; en una veintena nos habla de la situación relativa a la guerra bárbara, en una docena de cuestiones eclesiásticas, etc.... Tuvo un gran éxito en el medioevo y Renacimiento.

²⁸ Pronunciado en el 400 p. C. en la corte de Arcadio durante su embajada a Constantinopla como legado de su ciudad.

²⁹ Relato en clave antigermánica de los hechos acaecidos en la capital en el 400 p. C. J. H. W. G. Liebeschütz —art. cit. 180-195— cree que Sinesio moriría nada más completar *De providentia*, que reescribe con vistas al retorno a la prefectura de Aureliano en diciembre del 414 p. C., contradiciendo la cronología usualmente establecida. Sobre la identificación de los personajes de la obra cf. el reciente artículo del mismo J. H. W. G. Liebeschütz, “The identity of Typhos in Synesius’ *De Providentia*”, *Latomus* 46 (1987) 419-431.

³⁰ Dirigido a Peonio, *comes* residente en Alejandría, donde junto con la alabanza del destinatario como hombre de acción y cultura, se exalta la función de la filosofía en la política y nos describe el método seguido por el autor en la confección del planisferio.

³¹ Cf. A. Piñero Sáenz, “La imagen del filósofo y sus relaciones con la literatura. Un estudio sobre el Dión de Sinesio de Cirene y de sus fuentes”, *CFC* 9 (1975) 133-200; A. Brancacci, *Rhetoriké Philosophousa. Dione Crisostomo nella cultura antica e bizantina* (Bibliopolis 1985) 137-197; Chr. Lacombrade, “Le Dion de Synésios de Cyrène. A propos d’un livre récent”, *Koinonia* 12 (1988) 17-26.

³² Fue presentado a Hipatia para su aprobación junto con *De Insomniis* (cf. *Ep.* 154. 1-2 Garzya: “Este año he dado término a dos libros, uno inspirado por Dios y otro motivado por la maledicencia de los hombres”).

³³ Un par de inflamados discursos, uno del 410 ante la partida del benemérito *dux* Anisio y otro del 411 con ocasión de la ruina de la Pentápolis a causa de los bárbaros.

³⁴ I. 1-5 Garzya.

³⁵ *Synésios de Cyrène. Hymnes* (Paris 1978).

³⁶ Cf. n. 2.

cionar la de 1939 de Terzaghi³⁷, encontrará continuas referencias a los *Oráculos Caldeos*, al orfismo, a los oráculos sibilinos, a los tratados herméticos, aparte lógicamente de la Biblia y de los poetas de la sempiterna Grecia, como Homero, Anacreonte, Teognis, Píndaro, los trágicos, Mesomedes..., y, además, los filósofos neoplatónicos como Jámblico, Porfirio o Proclo... Si observamos de cerca este mosaico, encontraremos que no están muy alejadas estas notas de las que podemos encontrar en las obras de un neoplatónico.

Y es que, en efecto, en él confluyen la formación retórica y filosófica, el autor mimético del pasado y el neoplatónico, la herencia de una Grecia que prima el *lógos*, la razón, y una nueva religión que exige *pístis*. Este es el dilema y la vivencia que nos transmiten sus himnos y sus demás obras. Un alma educada en los moldes de una cultura hecha por y a medida del hombre, pero a la que sus creencias íntimas religiosas le exigen creer, con los ojos y la mente cerrados, en los misterios inaccesibles del Verbo encarnado y del Dios uno y trino. Y hemos de adelantar que en esta pugna, a nuestro juicio, por mucho que se aireen las objeciones ideológicas, sin embargo, en los aspectos ideológicamente más controvertidos del cristianismo de la época, su fe predominó sobre la razón, su religión personal se impuso sobre sus concepciones filosóficas.

En los *Himnos* se canta, entre cristianismo y neoplatonismo, a lo divino, uno, trino, inefable (I, II, V), al misterio y glorificación del Hijo (III-IV), al tema de la Epifanía y adoración de los Magos (VI), a la apoteosis de Cristo y su descenso a los Infiernos (VIII), al Principio increado, al Verbo, al deseo de retorno a la fuente (IX) o se hace una plegaria a Cristo Salvador (VII).

En cuanto a su posible utilización litúrgica, negativa para Bouvy³⁸ y Leclerq³⁹ y positiva para Christian Lacombrade⁴⁰, pensamos que el objeto con que Sinesio escribió sus *Himnos* no fue el uso litúrgico, sino una necesidad personal, íntima. Sabemos que quizás ni pudiese llevar a cabo la primera edición de sus *Himnos*. En *De providentia* 18 se describe a un personaje, quizás identificable con el propio autor, que ejecutaba a la lira los himnos al modo dorio, pero se añade que "tales composiciones él no las difundía entre la masa, sino que sólo las confiaba a la audición de quien fuera capaz de oír conceptos vigorosos". Es más, en la *Epístola* 141 le ruega al destinatario que le restituya "aquel opúsculo en versos yámbicos, en el que el escritor dialoga con su alma. Pues entonces creí que lo podría reconstruir de memoria, pero ahora es posible que su sustituto no tenga nada que ver con el original, y si me pongo a reescribirlo, me serviré más de la inventiva que de la memoria". Por tanto, no los editó ni parcial ni completamente. El texto que nos ha llegado refleja la mano, como en las *Epístolas*, de un editor póstumo.

³⁷ *Synesii Cyrenensis Hymni* (Roma 1939).

³⁸ *Poètes et mélodes, études sur les origines du rythme tonique dans l'hymnographie de l'Église grecque* (Nîmes-Paris 1886).

³⁹ *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie* 6, s. u. "Hymnus", 2826-2928.

⁴⁰ *Synésios de Cyrène. Hymnes*, 4 n. 3.

De todas formas es de destacar que Sinesio entra en sintonía con una época en la que las prevenciones contra la poesía antigua, desde el punto de vista moral y religioso, están siendo superadas. “¿Qué hay de común entre Atenas y Jerusalén, entre la Academia y la Iglesia?”⁴¹, decía Tertuliano, quien recomendaba como contraveneno contra la inevitable educación tradicional en los moldes paganos la enseñanza religiosa⁴², aunque ya Basilio el Grande en su *De legendis gentilium libris* valoraba positivamente desde el punto de vista educativo para el joven cristiano las letras de los gentiles, aunque, eso sí, seleccionadas con prudencia y exacto discernimiento, como propedeútica para la verdadera sabiduría, las *Sagradas Escrituras*. Podríamos seguir aduciendo textos de S. Jerónimo, la Enseñanza de los Apóstoles, Estatutos de la Iglesia Antigua o S. Isidoro que reflejan una oposición cristiana a la cultura clásica⁴³, pero nos parece innecesario.

Pero en líneas generales con el acceso del cristianismo a las esferas del poder la situación se modifica⁴⁴. Desde la primitiva poesía cristiana, incluido el clásico y discutido testimonio de Plinio el Joven⁴⁵, quien nos relata cómo los cristianos, llevados ante un tribunal de Bitinia, tenían la costumbre de cantar antes del orto del sol “entre ellos alternativamente un *carmen* a Cristo como a un dios”, hasta Sinesio hay un largo camino. El propio Tertuliano animaba a *Deo canere*⁴⁶, S. Juan Crisóstomo⁴⁷ veía los himnos como apropiados para la educación de la juventud y S. Agustín⁴⁸ nos dice que en todo himno hay tres elementos esenciales: canto, alabanza y Dios.

No es ocioso recordar aquí también los himnos como medio de propaganda de las tendencias heréticas tipo Arrio⁴⁹, Marción, Valentín o Basíledes, a los que habría que oponer los de Clemente de Alejandría, Metodiodo, Gregorio de Nacianzo, Efrén y el propio Sinesio. Por su parte la himnografía latina cristiana de la época cuenta con Hilario, cuyo ejemplo siguen S. Ambrosio y Prudencio. Pero, creo, tampoco hemos de olvidar que, aparte de la tradición cristiana en la que Sinesio se inserta, nuestro autor es educado en el ambiente neoplatónico y sabido es que los diádocos de Platón fueron muy proclives a la producción de himnos⁵⁰. Recorde-

⁴¹ *Praescr.* 7. Cf. J.-Cl. Fredouille, *Tertullien et la conversion de la culture antique* (París 1972) 317-326. Numerosos textos sobre este tema en H.-I. Marrou, *Historia de la educación en la Antigüedad* (Buenos Aires 1975³) 383-401.

⁴² *De Idolatria* 10.

⁴³ Todos estos textos recogidos en H.-I. Marrou, *op. cit.* 391.

⁴⁴ Cf. J. Fontaine, “L’apport de la tradition poétique romaine dans la formation de l’hymnodie chrétienne”, *REL* 52 (1974) 318-355.

⁴⁵ *Ep.* X 96. Cf. *etiam* M. Brioso Sánchez, *Aspectos y Problemas del Himno Cristiano Primitivo* (Salamanca 1972) 31-35.

⁴⁶ *Apol.* 39. 18.

⁴⁷ *PG* 62. c. 363.

⁴⁸ *In Ps.* 148. 17.

⁴⁹ G. Bardy, “La Thalie d’Arius”, *RPh* 1 (1927) 211-233.

⁵⁰ Cf. E. A. Ramos Jurado, “Mito y filosofía en el Neoplatonismo”, en *Cinco lecciones sobre la cultura griega* (Sevilla 1990) 75.

mos que ya Plotino felicitaba a Porfirio⁵¹ por ser filósofo, poeta e hierofante y en la propia *Vita Plotini* (22) encontramos un largo himno, en el que se nota la mano de Porfirio, en forma de oráculo de Apolo en respuesta a Amelio, aparte de que, si creemos a Damascio, Jámblico⁵², Asclepiodoto⁵³, Isidoro⁵⁴, Asclepiades⁵⁵ y Heraisco⁵⁶, sin mencionar a Proclo, todos ellos compusieron himnos, en tanto que encontraban una salida a su religión personal en un medio social cada vez más cristianizado y, por tanto, hostil. Filosofía y poesía convergen en los neoplatónicos y en Sinesio, educado entre ellos. Converge en el vértice, en la divinidad, sea una y trina, sin subordinación como en Sinesio, o en el Uno emanante en el caso de los filósofos neoplatónicos.

El himno expresa y exalta la experiencia religiosa, las ligazones comunitarias o personales con la divinidad. Entre las diversas formas de relacionarse el poeta con Dios⁵⁷ (plegarias, alabanzas, quejas, o bien puede hablarnos sobre Dios, comunicándonos incluso una experiencia visionaria, o bien puede atormentarse con el problema de la existencia de Dios) el himnógrafo escoge la alabanza y la súplica. Como dice J. Fontaine⁵⁸ el himnógrafo, en este caso Sinesio, tiene toda una técnica de *imitatio poetarum gentilium*, pero no es un “simple artesano del verso, sino un auténtico poeta, que crea y recrea la herencia lúcidamente criticada, asimilada”. La herencia griega es asimilada y utilizada con nuevos fines. Su cristianismo, por tanto, resultará helenizado tanto en el fondo como en la forma.

Wilamowitz hablaba de un cristianismo en Sinesio puramente formal —para el obispo de Tolemaide incluso, pensaba Wilamowitz, la vida y muerte de Cristo carecían de significación⁵⁹—, Campenhausen de un no cristiano⁶⁰, Lacombrade de una evolución, Marrou⁶¹ de “un obispo virtuoso, caritativo y bueno, aunque no pueda definirse como santo”, J. Coman⁶² habla de una conversión verdadera al cristianismo, en la práctica más que en la teología, y S. Vollenweider⁶³ niega, creemos que con razón, una evolución en Sinesio desde la filosofía pagana a la cristiana, sino que, por el contrario, fue presumiblemente siempre cristiano. Nosotros, por nuestra parte hablaríamos de un cristiano culto, con formación retórica y

51 *Vita Plotini* 15.

52 Damascio, *In Phlb.* 19.5= p. 13.22 West.

53 Damascio, *Vita Isidori* 209 Zintzen.

54 Damascio, *Vita Isidori* 61 Zintzen.

55 Damascio, *Vita Isidori* 164 Zintzen.

56 Damascio, *Vita Isidori* 164 Zintzen.

57 D. Daiches, *God and the Poets. The Gifford Lectures, 1983* (Oxford Clarendon Press 1984) 69-71.

58 *Art. cit.* 324.

59 “Die Hymnen des Proklos und Synesios”, *Sitzber. Berl. Ak. Wiss.* 14 (1907) 286.

60 *Los Padres de la Iglesia. I. Los Padres Griegos* (Madrid 1974) 157.

61 “Sinesio de Cirene y el neoplatonismo alejandrino”, en *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV* (Ed. A. Momigliano, Madrid 1989) 147.

62 “Synésius de Cyrène fut-il un convertit véritable?”, *Augustinianum* 27 (1987) 237-245.

63 *Neuplatonische und christliche Theologie bei Synesios von Kyrene* (Göttingen 1985).

filosófica, que por mucho que se empeñe en superponer la fe a la razón no siempre lo consigue. De todas formas sus objeciones doctrinales no son en absoluto equiparables en magnitud a las que había en la época.

Problemas como la eternidad del mundo, la creencia en la inmortalidad, pero no en la resurrección del cuerpo, y la preexistencia del alma, en comparación con el problema del Dios uno y Trino, del estatuto del Hijo y del Espíritu Santo, que eran los grandes temas del siglo, no son problemas cruciales⁶⁴. Había una cierta fluidez aún en ciertos temas. También Nemesio, el obispo de Emesa contemporáneo de Sinesio, manifestaba creer en la preexistencia del alma. Ante todos los problemas básicos Sinesio es ortodoxo, somete la razón a la fe, aunque rechinen los textos en ocasiones.

Pero su cristianismo no ofrece dudas. En el Himno I, compuesto parcialmente a la vuelta de su embajada a Constantinopla⁶⁵, se nos muestra durante su estancia en la capital, visitando los altares de los mártires⁶⁶ y suplicando al Dios de los cristianos la gracia del bautismo⁶⁷, “pueda al fin mi alma suplicante llevar el sello de Padre”. Toma como esposa además, en Alejandría en el 403, a una cristiana, siendo bendecida su unión por el propio patriarca de Egipto Teófilo. Y si retrasa su aceptación de acceso al obispado no es tanto por problemas doctrinales ni por humildad sino porque, como dijimos, temía dejar de llevar la forma de vida que había elegido.

La conjunción en él de cristianismo y helenismo le plantea problemas, que él expone, pero que no resuelve⁶⁸. Acepta los dogmas cristianos como misterio, como acto de fe y no de razón. Estas cuestiones conflictivas en su alma las resolverá la escuela alejandrina con Eneas de Gaza, quien a fines del V escribirá su *Teofrasto o la inmortalidad del alma y la resurrección del cuerpo*, con Zacarías Escolástico y su *Ammonio o la creación del mundo*, con Procopio de Gaza y su *Refutación de los elementos teológicos en Proclo* y con Juan Filópono y sus *Diez y ocho argumentos sobre la eternidad del mundo contra Proclo*, *Sobre la resurrección y Sobre la creación del mundo*, ya en pleno siglo VI.

En lo demás admitió las posturas ortodoxas de la Iglesia, aun cuando por su formación filosófica, tuviera en no pocas ocasiones que renunciar a sus concepciones, como en el caso de la Trinidad cristiana. Su contacto con la filosofía griega le había enseñado que un mismo atributo es imposible que pertenezca y no pertenezca al mismo sujeto, al mismo tiempo y bajo una misma relación⁶⁹. El

⁶⁴ Para la documentación relativa a las controversias, credos y concilios en época de Sinesio cf. J. Stevenson (Ed.), *Creeeds, Councils and Controversies. Documents illustratives of the history the Church A.D. 337-461* (London 1986⁸).

⁶⁵ Cf. Chr. Lacombrade, *Synésios de Cyrène. Hymnes* 15; concretamente los vv. 428-548.

⁶⁶ vv. 450-470.

⁶⁷ vv. 620-621.

⁶⁸ Marrou, *art.cit* 167.

⁶⁹ Aristóteles, *Metaph.* 1005 b 26-27.

problema de la Trinidad, el conflicto ideológico central del siglo IV ⁷⁰, llevó a unos, como Sabelio, precisamente natural de la localidad de Tolemaide, cuyo episcopado ostentaba nuestro autor, a negar la realidad del Lógos y del Espíritu Santo, a otros, como Arrio, a negar la divinidad de la segunda y tercera persona, siendo anatimizadas y consideradas heréticas ambas tendencias, y a los defensores ortodoxos de la doctrina trinitaria a admitirla bajo el peso de misterio inefable e incomprensible para la naturaleza humana ⁷¹. Sinesio se alinea con estos últimos. No hemos de olvidar que, tras el concilio de Nicea del 325, se celebra, ya en vida de nuestro autor, un nuevo Concilio, el de Constantinopla, clausurado el 9 de julio del 381, donde las doctrinas arrianas sufrieron una nueva derrota, esta vez decisiva.

Aun formado en el neoplatonismo ⁷², Sinesio, para la Trinidad ⁷³, no admite la subordinación de una persona a otra en la escala, del tipo Uno-Inteligencia-Alma de Plotino, sino que las tres hipóstasis son en conjunto autónomas e iguales, distintas e indisociables:

“Mónada eres aun siendo Tríada,
Mónada que permanece
y Tríada eres en verdad”

proclama literalmente en el *Himno* II 117-119, con términos típicamente pitagóricos y neoplatónicos. “La divinidad, en efecto, es una en tres y las tres son una” decía en plena ortodoxia Gregorio de Nacianzo ⁷⁴.

El tema trinitario gozaba de la predilección de Sinesio, aunque a lo largo de su obra aparezca con diversas formulaciones. En *Encomio de la calvicie* 8, con ecos en los cinco primeros himnos y en el noveno, tenemos el esquema Uno, Demiurgo y Alma del mundo: “éste es el tercer dios, el alma del mundo, que su padre y el demiurgo del universo corpóreo ha introducido en el mundo”, pero, por otro lado, la mónada generadora, el Padre, forma tríada con la Voluntad y el Intelecto ⁷⁵, llegándose también a identificar ⁷⁶, peculiarmente, la Voluntad con el Espíritu Santo y la Sabiduría con el Hijo. Ahora bien, hemos de reconocer que también nos habla de la función soteriológica del Hijo, por ejemplo, en la *Epístola* del 412, siendo ya obispo, contra Andrónico ⁷⁷, en la que nos dice que “era preciso que Cristo fuera

⁷⁰ Cf. V. Ukólova, *Los <<últimos romanos>> y la cultura europea* (Moscú 1990) 6-23.

⁷¹ H. A. Wolfson, “La filosofía inspirada por la fe. La filosofía griega en Filón y en los Padres de la Iglesia”, en *Historia de las Civilizaciones. El crisol del cristianismo* (Ed. A. Toynbee, Madrid 1988) 448-449.

⁷² Sobre la teología cristiana y neoplatónica en nuestro autor, cf. S. Vollenweider n. 63 (Trinidad: 69-129).

⁷³ Cf. *Opere di Sinesio di Cirene...*, 21-26.

⁷⁴ *Or.* 29.11.

⁷⁵ Cf. *Hymni* 1.210-226, 2.117-124.

⁷⁶ *Hymni* 2.98, 1.204-206, 4.11, 5.30.

⁷⁷ 41 Garzya.

crucificado por los pecados de todos”⁷⁸, al igual que alude a la inspiración del Espíritu Santo⁷⁹.

Celebra a Dios, el Uno de la escuela neoplatónica, como el innombrable, ya que “ningún nombre se ha hallado que se adecúe a la esencia de Dios, pero los hombres, al no poder obtener ninguna definición de El, pretenden tantearle por medio de sus atributos. Y si le llamas padre, creador o cualquier otra cosa, principio o causa, todo ello son actitudes de El hacia lo que de El depende”⁸⁰. Lo canta como “Padre incognoscible, inefable, incognoscible por la inteligencia, inefable de palabra, Tú eres inteligencia de las inteligencias, alma de las almas”⁸¹, hacedor del bien⁸², dotado de *apatheía*⁸³, pureza y indivisibilidad⁸⁴ y residente en el *bythós*, más allá de los astros, donde reina la quietud y el silencio⁸⁵.

Entre los dioses y los hombres, estarían los démones⁸⁶, quienes, dentro de su complejidad en Sinesio, reclaman fuentes neoplatónicas. La propia terminología sinesiana, tipo hipercósmico y encósmico, por citar un ejemplo, o la propia distinción entre héroes, benéficos, y démones, usualmente cargados de connotación peyorativa a la usanza judeo-cristiana, aparte de la clase angélica, nos remiten a un Porfirio, que no hemos de olvidar estaba influido por los *Oráculos Caldeos*, o a un Jámblico, Hierocles o Proclo⁸⁷.

Nuestro obispo muestra una coexistencia de creencias cristianas y paganas que en su alma no han alcanzado la *symphonía* ansiada por los neoplatónicos, pero sus discordancias, en comparación con las que pululaban por la época, eran secundarias, propia de un hombre culto que reúne en sí filosofía, que no podía ser otra que la tradicional, retórica y cristianismo. Cuando el primer elemento desafina en temas claves, Sinesio cierra el *lógos* y se somete a la *pístis*. Su actuación como obispo fue correcta, incluso formuló la primera excomunión registrada en la historia de la Iglesia contra el *praeses* Andrónico, funcionario deshonesto y cruel, quien finalmente fue depuesto. Fijó también, en el invierno del 411-412, la fiesta de la Resurrección a celebrar el 14 de abril. Su fe y su deber se imponen a sus convicciones filosóficas.

Todos recordamos la historia⁸⁸ de Sara, esposa de Abraham, y Agar, su esclava y concubina del patriarca, quien encinta de Ismael desprecia a su señora y se ve

⁷⁸ 41. 54-55 Garzya; cf. *etiam* 41. 103-104 Garzya.

⁷⁹ *Ep.* 66. 174-177 Garzya; *Homil.* 1.21-22 Garzya.

⁸⁰ *De regno* 9. 1-5 Garzya.

⁸¹ *Hymni* 2.227-232.

⁸² *Ep.* 41. 24-27 Garzya.

⁸³ *Dion* 6. 13 Garzya.

⁸⁴ *Regn.* 9. 14 Garzya.

⁸⁵ *Hymni* 5.25-32.

⁸⁶ Cf. *De Prov.* 1.9-10 Garzya; *Hymni* 1.270-283, 459-469; 2.175-178; 5.39; *De Insomniis* 10 Garzya.

⁸⁷ Cf. E. A. Ramos Jurado, *Lo platónico en el siglo V p. C.: Proclo* (Sevilla 1981) 39-85.

⁸⁸ *Génesis* 16.

obligada a huir, hasta que un ángel le hace volver y someterse a su señora. Pues bien, esta historia en manos del alegorismo de Filón de Alejandría se convierte en el sometimiento de la filosofía, la esclava Agar, a las sagradas Escrituras, representada por Sara⁸⁹. Las ciencias basadas en el *lógos* deben estar sometidas y ser auxiliares, a lo sumo, de las Escrituras, de la fe. La filosofía tiene un carácter propedéutico, a lo sumo, para el cristianismo. Era una actitud habitual entre los Padres de la Iglesia. Pues bien, igual le sucede a Sinesio, sólo que su sometimiento no es tan extremo y le quedan zonas, secundarias respecto al núcleo de la ortodoxia, donde su formación puramente helénica emergía, incluso cuando cantaba a su Dios. A un intelectual que vive en una época definida políticamente, pero no cultural ni religiosamente de una forma plena, su espíritu no puede por menos de participar de ambos mundos, no en idéntica proporción, pero sí de los dos.

Los neoplatónicos griegos paganos, habían llegado a la conclusión, fundamentalmente a partir de Porfirio, de que para salvar la cultura heredada había que hacer *sinfonía* de las autoridades consideradas sagradas, inspiradas por la divinidad, tipo Homero, Hesíodo, Orfeo u *Oráculos Caldeos* que tenían que concordar con lo expresado por Platón. Sinesio ni llega a la profundidad filosófica y metodológica de los representantes de las escuelas de Alejandría, Atenas o Calcis, ni sintetiza completamente ambas culturas, aunque también pudo haber optado, y no lo hizo, por entender el pensamiento greco-romano como una "preparación evangélica" que convergía en las Escrituras y en su cumplimiento.

⁸⁹ *De congressu* 14. 71-80.